

Lo que Ramón Gómez de la Serna (1888-1963) desde Madrid vio en el jazz de los primeros años ¿fue otra cosa que el descubrimiento y la invención o acaso la misma posibilidad de otra música? Como un ismo de vanguardia oxigenada, su apuesta-ensayo por el jazzbandismo, por su eutrapelia -como ya saludó en un precursor borrador en 1926- fue incluida en un volumen de movimientos particularísimos pocos años más tarde.

De su texto serpeante, lleno de afortunadas y giratorias impresiones-definiciones, de greguerías instrumentales, sólo hemos podido acercar una breve selección, dada su larga longitud de onda.

Como si fuera un pentagrama literario, el título de esta sección hace referencia a esa escritura -del género que sea- que convive con el jazz entre sus líneas.

JAZZbandism



Fecha del nacimiento del jazz? ¿Qué importa el origen, si se ha adaptado a la época y ha roto la enervadora música de los halagos mustios?

El intento del jazz es el de sacar el mundo a la superficie. Las otras músicas tienen un sentido más recóndito, más subterráneo y más religioso, un sentido introspectivo y letal.

La música del jazz pone en circulación al mundo, hace bailar las palmeras, despierta el apetito del *ja-ma-la-já* y lanza sobre el gran *sandwich* de la realidad.

En el jazz-band está la chacota de la vida moderna, su absurdidad, su incoherencia, su deseo de jolgorio continuo, y en él se mezclan todas las fugas de los amores tristes, de las patosidades desesperadas y el desterfido de las bocas, siempre como heridas sin restañar, mezclados a otros mil ingredientes, como tecleos de máquinas de escribir lejanas, reclamos de pato y de perdiz y estallidos de pulgas de elefante, una tropelía de sangres sucias.

El jazzbandismo cambia la ilusión del fin del mundo y habréis de saber que cuando llegue su último día no serán trompetas las que suenen, sino el más enorme jazz, el jazz triturante y resurrectante, a cuyo son caerán las ciudades y se despertarán los muertos.

Que nos obligue el jazz a levantar el gallo, a estridenciar la atmósfera, a despertar lo que de dormido y enervado hay en la vida mundana!

Jazz entre líneas

La música ya no tiene el aire mecedor de ciertas músicas que alegraban la vida fuera de los conciertos. Ahora suena en esa vida marginal a los conciertos otro estampido, otro zambombazo, mezcla de nostalgias exóticas y de lo que es exótico y nuevo en las Grandes Vías modernas, movida la vida con un ritmo más disparatado y precipitado y mezcladas a él las venas azules de la calle que muestran su pulso en los anuncios del Gas Neón.

El jazz y, por tanto, la oratoria de jazz, ya no se promiscua con la melifluidad terne.

Lo barroco se vuelve a encontrar en el jazz

Lo que no es amanerado, ni dinguilandro, ni sobón, sino lo que tiene arranque y siempre pretende distinciones altas, concepciones poderosas, sin halago a lo que es flaqueza de los demás.

En el jazz sentimos el abrazo de dos civilizaciones, la negra de la época en que éramos sapos aguanosos y la época de las Grandes Vías y los sorprendentes escaparates. ¡Qué abrazo de emigrantes más estupendo!

Entra en conmoción toda la tarima del estrado. Pasa el camión de los bosques. El elefante de la música trota.

A veces me siento yo mismo músico de jazz-band y estoy dispuesto a escribir música de carcajadas sobre los papeles pautados de los compositores, uyuyuyáis jay-jay ondulantes que se mezclan al sonar de los matasuegras musicales, que se estiran y se encogen en su propia tubería, y al inacabable piporro del saxofón, que hace sonar su cachimba sultánica, lanzando grandes bocanadas de humo sonoro.

Las notas del jazz machacan toda nuestra lexicografía, nuestra ideología, toda nuestra sentimentalidad. El martillo pilón de la orquesta jazzbandista deshace las piedras de nuestra alma, que son más difíciles de disolver que las de nuestro hígado.

La sabiduría principal del jazz es la de adornar una melodía con trinos, arpegios, trémolos, variaciones, cadenzas, todo a lo que da tiempo la infrecuencia del ritmo, todo lo que llena la vida de chacota, de absurdo, de jolgorio, de banalidad, de incoherencia, de cabaretismo, mezclándose música y vida como dos mares a través de anchísimo estrecho.

Sólo una introducción de jazz puede abrir ciertas almas y que vayan a buscar ciertos libros y comprendan ciertas ideas. El jazz es lo único que hace variar de sitio los prejuicios depositados en un caletre.



Sólo el jazz exprime a la vida hasta la última esencia.
El jazz-band nos caza más que nos seduce.

No es ser hombre de nuestro tiempo no comprender el jazz-band con sus abismos de encanto y sus montañas rusas de voluptuosidad.

Tiene cada pieza del jazz-band una cosa de viaje alrededor del mundo, haciendo escala en Groenlandia y en la isla de Java.

Es giratoria la música del jazz-band, y gracias a un sinhilismo moviente nos damos una vuelta en el carroussel del Zodíaco, y yo monto piscis y tú escorpio.

Todos los que oímos el jazz-band parecemos víctimas de una buena noticia. Nos han traído, con su cola azul, un telegrama notificándonos algo muy bueno.

